

## CONFERENCIA INAUGURAL

### Algunas consideraciones sobre debates historiográficos en la actualidad, a propósito de la historia local

Salvador Cruz Artacho  
Universidad de Jaén

Parece comúnmente aceptado que en el tránsito del siglo XX al XXI la Historia ha sufrido de nuevo un duro revés. La denominada *crisis de la modernidad* y la emergencia de determinados discursos posmodernos han puesto sobre la mesa del debate epistemológico la razón de ser de la Historia como disciplina científica, cuestionando sus presupuestos teóricos y metodológicos, dudando de su funcionalidad social y auspiciando, una vez más, el discurso de la crisis de la Historia. Como es conocido, esta situación en modo alguno es del todo nueva en el panorama historiográfico español e internacional (Hernández Sandoica, 1995; Rújula, 2007; Ortega, 2007).

A partir de mediados del siglo XX se han reiterado desde diferentes ámbitos críticas y denuncias sobre las negativas consecuencias que se derivaban de los modelos de progreso que implementaba el desarrollo capitalista. Las inquietantes evidencias del cambio climático y la denominada crisis ambiental, asociadas a los efectos perversos que imponía la lógica de la acumulación capitalista así como el no menos doloroso despertar del sueño de igualdad y justicia que proclamaba el socialismo real, alumbraron una línea argumental de críticas, cada vez más radicalizadas, a la idea de progreso y ciencia propia de la tradición racionalista moderna (Anderson, 1982). En mayo de 1968 ésta se escenificaba con la quiebra de determinadas conceptualizaciones en el pensamiento de la izquierda tradicional europea y el nacimiento de nuevos actores sociales que reclamaban una drástica reformulación teórica del viejo discurso racionalista (Poster, 1984, 21-24). La denuncia de las formas de poder, alienación y dominación que se constataban en todos los ámbitos de la vida social estimuló la demanda de métodos y teorías para el análisis de una realidad social que se presentaba ahora con rasgos diferentes.

Los viejos paradigmas no parecían ya los más adecuados para comprender esta nueva realidad. La necesidad de una nueva teoría crítica parecía hacerse cada vez más evidente. El derrumbe, años más tarde, del socialismo real y la constatación del fin del sueño comunista no hizo sino incidir en esta misma dirección. Por último, la visualización de las críticas a los efectos de la globalización que acompaña la marea de los nuevos movimientos sociales que emergen de forma protagonista en el fin de siglo no han hecho sino refrendar un panorama de dudas e incertidumbres en torno al paradigma de la modernidad, en torno a sus certezas, así como sobre la idea moderna de ciencia y la práctica científica que ésta conllevaba.

Como también es conocido, una parte significativa de este debate se centró en el campo de las disciplinas sociales y humanísticas. La Historia, la práctica historiográfica, no escapó a esta tormenta posmoderna de críticas, dudas e incertidumbres. A partir de entonces se cuestionó el carácter científico de la disciplina, se dudó de su capacidad explicativa, de la idoneidad de sus presupuestos metodológicos, etc. Y todo ello se hacía en un escenario en el que, por término general, la participación directa de historiadores e historiadoras brilló por su ausencia. Filósofos, lingüistas post-estructurales, etc. coparon un debate epistemológico sobre la Historia y su razón de ser en el que los profesionales de ésta apenas si se reconocían, toda vez que el mismo en la mayor parte de las ocasiones terminaba por cuestionar severamente el carácter científico de sus estudios y, por ende, de la propia profesión (Noiriel, 1997).

¿Qué factores ayudan a entender la génesis de esta situación? ¿Cómo se ha concretado todo ello en la práctica historiográfica? ¿Cuál es el horizonte que se vislumbra, a mi modo de ver, tras la crisis del paradigma de la modernidad? Estas serán algunas de las cuestiones a las que intentaré dar respuesta en las páginas que siguen. Comencemos, pues, por responder a la pregunta del cómo, esto es, a las razones que ayudan a entender la gestación del nuevo escenario de crisis de la Historia.

### **La ruptura con las certezas del pasado y las dudas en torno al estatuto epistemológico de la Historia: razones para una crisis**

Desde finales del siglo XIX la disciplina histórica había transitado por un largo camino que la había llevado, con vaivenes y dificultades, desde posturas iniciales acordes con la narrativa de corte positivista a formulaciones más o menos complejas que perseguían escudriñar leyes y regularidades en el comportamiento de las sociedades humanas en el pasado. La historia *evenementiel* y descriptiva de las primeras décadas del siglo XX, ejemplificada en la clásica Historia Política de acontecimientos y personalidades, dejó paso a conceptualizaciones más preocupadas por la cuantificación y por los espacios de racionalidad científica que esta podía aportar al conocimiento histórico. Así, la vieja Historia Política sucumbía ante el creciente protagonismo de la Historia Social y Cultural y de la Historia Económica. De la defensa de la Historia singular se pasaba igualmente a la apuesta por una Historia científica y total (Fontana, 1992). Los esfuerzos que habían realizado y/o promovido en esta dirección corrientes historiográficas como las representadas en *Annales* parecían haber coadyuvado a la culminación de aquel anhelo de dotar a la disciplina de corpus y status científico, acercándola por esta vía al resto de las ciencias sociales.

Y todo ello parecía estar ya bien basamentado en las décadas centrales del siglo XX, máxime en un contexto de optimismo generalizado como el que vivió Occidente tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial, donde parecía tomar carta de naturaleza aquel ideal racionalista de que el progreso y el desa-

rollo tecnológico estaban al servicio del bienestar y de la generación de felicidad entre los seres humanos. El ritmo vertiginoso de los avances técnicos y tecnológicos en las décadas posteriores al fin de la contienda mundial, la construcción del denominado Estado del Bienestar y la generalización de la sociedad de consumo reforzaron, si cabe, la fe en la bondad de la ciencia moderna, de sus principios, métodos y herramientas (Nisbet, 1980).

Sin embargo, como también sabemos, este panorama de optimismo racionalista y fe ciega en el progreso tecnológico se truncó de manera drástica en la década de los años setenta del siglo XX. La gravedad que alcanzará la crisis económica derivada del alza de los precios del petróleo, la frustración de las expectativas de cambio que conllevó la consiguiente depresión, el cuestionamiento de los modelos de bienestar y el carácter dubitativo de las medidas de salida a la crisis generó un escenario radicalmente nuevo, marcado por la recesión, la reestructuración económica y el desempleo.

A la crisis le siguió el pesimismo y la incertidumbre. La magnitud de las dificultades y la constatación en ciertos casos de la incapacidad para salir de la situación terminó desvaneciendo muchas de las certezas y las firmes creencias del pasado. Entre ellas, aquella fe ciega en las bondades del avance tecnológico y su férrea vinculación al progreso social y económico. La posición hegemónica de la ciencia, aprehendida bajo el prisma racionalista de la modernidad, se desvanecerá en un escenario de dudas y críticas en el que ya no se aceptará como verdad indiscutida la capacidad de ésta, del método científico racionalista, para actuar, entender, controlar y transformar correctamente la realidad. Con ello se desvanecerán igualmente muchos de los grandes ideales y utopías que se habían fraguado en la historia social y política del siglo XX. Las dificultades que se constatan en el tránsito del siglo XX al XXI, unidas a la evidencia dramática de las contradicciones de la acumulación capitalista y el derrumbe del socialismo real, refutará aquella idea racionalista que promovía la comprensión de la realidad social como resultado del progreso asentado en el descubrimiento de leyes y regularidades. Frente a estos modelos, vinculados en muchos casos a interpretaciones de carácter unilineal y unidireccional y que buscan la homogeneidad, emergerán ahora otras apuestas teóricas que priman la diversidad y la multicausalidad.

La incapacidad para actuar sobre los acontecimientos y la diversidad de situaciones hará que se ponga en cuestión la vieja prepotencia epistemológica del método científico moderno. En lo que concierne al ámbito de la disciplina histórica esto tuvo al menos dos consecuencias visibles: de una parte, se desvanecerá el viejo sueño anhelado por los fundadores de *Annales* de construir el edificio científico para una *Historia Total*, capaz de formular leyes y explicar regularidades en los comportamientos de las sociedades humanas en el pasado; éste será sustituido por un nuevo escenario marcado por la emergencia de las historias parciales y/o sectoriales. De otra parte, y en paralelo a esto último, el

cuestionamiento de lo anterior provocará igualmente desorientación, tanto en lo que refiere al propio concepto de Historia como sobre los métodos a aplicar en la práctica historiográfica.

En la década de los años sesenta del siglo XX autores como Michel Foucault criticaban y abandonaban la tesis de la *razón-en-la-historia*, defendida en su día por Lukács en su obra *Historia y lucha de clases*; “no existe la verdad, existen verdades, y no hay ningún fundamento donde apoyarse para ontologizar la razón, para asir la totalidad y proclamar que todo conduce a esto o aquello” (Poster, 1987, 27). La razón se había transformado en una forma de poder, convirtiendo a aquélla en un instrumento perfectamente compatible no sólo con instituciones democráticas, sino también con otras de carácter autoritario y/o totalitario<sup>1</sup>. Esta concepción de la razón como forma de poder y dominación le llevó a Foucault (1969) a postular el rechazo de la idea moderna de progreso y, con él, a defender un concepto de Historia sin progreso, discontinua, en la que los lazos de comunicación entre el presente y el pasado se tornaban, cuando menos, difíciles y extraños.

Esta escenificación de los rasgos y límites del presente y su contraste con un pasado que se dibuja siempre diferente conducirá al autor a defender que el trabajo del historiador, cuando se acerca y analiza los materiales y demás documentos históricos, lejos de comprender las épocas pasadas a la luz de las formas en que ellas mismas se vivieron y entendieron, construye un activo y deliberado discurso que tiende a borrar aquellas diferencias del pasado y a justificar una cierta versión del presente (Poster, 1987, 108-113). Como expondrá más tarde La Capra (1985) al abordar la relación entre el historiador y el pasado, lo realmente importante es conocer la relación dialógica que se establece entre el historiador del presente y el pasado, donde aquél debe prestar especial atención a los diferentes grados de proximidad y distancia del texto sobre el que trabaja en relación con su época. El historiador debe ser capaz de escuchar las “voces” del pasado, pero no debe olvidar tampoco que en última instancia al recrear en su lectura el texto histórico introduce su imaginación, absolutamente imprescindible en las “ficciones heurísticas” que elabora.

Esta negación de la tesis de la continuidad en la Historia y la defensa de la importancia de la dimensión discursiva y textual en la práctica historiográfica sufrió, a su vez, un giro de tuerca de manos de determinadas corrientes y/o autores post-estructurales. Desde la década de los años setenta del siglo XX autores como Robert Barthes (1970), Paul Veyne (1971) o Hayden White (1973) defende-

<sup>1</sup> En esta dirección, miembros de la Escuela de Francfort como Horkheimer y Adorno planteaban en su *Dialéctica de la Ilustración* una dura crítica al concepto moderno y racional de razón y progreso, habida cuenta del genocidio judío durante el periodo de dominación nazi. Dada la brutalidad de los conflictos bélicos acaecidos durante el siglo XX, difícilmente se puede sostener –en opinión de estos autores– que el mismo, y la forma de civilización occidental que representa, pueda concebirse simple y llanamente como la consecuencia de la razón y el progreso (Glover, 2001).

rán la existencia de estrechas relaciones y vinculaciones entre el análisis histórico, la estructura de su narración y la ficción literaria<sup>2</sup>. A partir de aquí, autores como F. R. Ankesmith (1988), L. Hunt (1989) o H. Kellner (1987) no harán sino incidir en una visión que identificaba la verdad histórica con una figuración teórica que podía ser analizada siguiendo los métodos que empleaba la crítica literaria para la novela. El propio Paul Ricoeur (1987) mantendrá que la estructura narrativa es el rasgo fundamental de un discurso, el histórico, que no constituye más que una referencia a un pasado ausente del que no se puede entender nada, porque no hay reglas de traslación entre el discurso y la realidad. La consecuencia evidente de todo ello no será otra que la negación del concepto mismo de Historia, como Historia racional y científica<sup>3</sup>. La imposibilidad de establecer lazos de comunicación entre el pasado y el presente alejaba a la disciplina del ámbito de la ciencia (Iggers, 1998). Lejos de explicar, a lo más que podía aspirar el historiador es a comprender la trama de su propio discurso (Carreras, 2000). En definitiva, comprender sí, explicar no.

Ahora bien, la crítica y deconstrucción del concepto de Historia como disciplina científica y racional conllevó a su vez otras consecuencias no menos visibles. La primera de ellas no fue otra que la caída y, en su caso, muerte de sus agentes reconocidos. En efecto, la descomposición de la racionalidad moderna terminó por cuestionar el protagonismo que en el análisis histórico habían adquirido categorías como el Estado, las clases sociales o el mercado. Frente a ellos emergerán otros actores, radicados en los márgenes de la cotidianidad e infravalorados por término general en las visiones globales de la historia racionalista. Temas como el consumo, la familia, la sexualidad, la marginación y las cárceles, la pobreza, el pecado, el vestido, el ocio, etc. se imponían ahora como temas relevantes de debate y reflexión. Esto conllevó, de una parte, el alumbramiento de un número de historia parciales y o sectoriales acorde al protagonismo que adquirirían estas nuevas temáticas y sus agentes individuales y colectivos más significados (Dosse, 1988); de otra parte, dicha fragmentación o “desmigajamiento” de la práctica historiográfica gestó igualmente un panorama aparentemente caracterizado por la pluralidad metodológica y la diversidad conceptual. Y digo aparentemente, porque considero que detrás de la fachada posmoderna marcada por la diversidad teórico-metodológica se escondía una realidad menos plural, incluso poco innovadora en muchos casos.

<sup>2</sup> Así, para Hayden White (1974) el historiador, como el novelista, tiene un público al que narrar y lo hace siguiendo los modos tradicionales de la narrativa, tratando de persuadir al lector para que crea su argumento con un objetivo difícil como es hacerle “familiar” y próximo algo –como ocurre con el pasado– que no lo es en absoluto.

<sup>3</sup> Este tipo de ataques a las pretensiones científicas de la historia venían de lejos. Ya el propio Karl Popper (1973) afirmó que la historiografía carecía de verdaderas teorías capaces de explicar el hecho histórico. Para este autor, la historia, por su propia naturaleza, no podía usar el método científico y, en consecuencia, debía conformarse con el viejo método erudito que le permitía solo la reconstrucción subjetiva de los hechos a partir de los datos empíricos contenidos en los documentos.

Esta nueva historiografía que emergía al calor de los rasgos que caracterizaban la cultura y la vida social en la sociedad postindustrial y de capitalismo tardío centró buena parte de sus esfuerzos de renovación en un camino en el que primaba la preocupación por el discurso y la vuelta al narrativismo (Morales Moya, 1992). El denominado *linguistic turn*, y su preocupación por el lenguaje y el análisis del discurso, se convertía en la alternativa a la destrucción de los sujetos históricos tradicionales y a la erosión de las filosofías de la historia dominantes en la modernidad (Millán, 2002). Con él volvía a la escena de la historiografía un método de trabajo que ponía el énfasis en la cultura y la voluntad individual como centros privilegiados para la investigación histórica. La narración, concebida como la clásica exposición cronológica de acontecimientos, sustituía al paradigma científico tradicional<sup>4</sup>. La reafirmación de lo contingente y episódico en una concepción accidentalista del pasado que volvía, según los casos, a la otrora desechada historia anecdótica se convirtió en el resultado de una apuesta epistemológica que desechaba las viejas explicaciones y procedimientos propios de la historia social y económica en favor de una historia de las ideas y de la política que en muchas ocasiones recordaba al rancio positivismo del principios del siglo XX, eso sí, revestido con el complejo ropaje de la posmodernidad y el post-estructuralismo (Stone, 1979).

No en vano, resulta más que llamativo que, pasadas ya unas décadas de crítica posmoderna y defensa del *linguistic turn*, los efectos reales en la práctica historiográfica hayan sido, por término general, bastante limitados. Sin lugar a dudas, es cierto que las viejas interpretaciones teleológicas, deterministas y totalizantes no han resistido el empuje de la crítica; de igual modo, tampoco se puede negar que el horizonte que siguió a la deconstrucción de las certezas del método racionalista se tornó inseguro y poco confortable; sin embargo, no es menos cierto que la alternativa posmoderna, con su “vuelta a la narración” y su recuperación de lo episódico e individual, apenas si ha dejado en el panorama historiográfico obras de significación relevante para un cambio drástico e igualmente significativo en la interpretación general del pasado, de la Historia. Pero veamos esto último con algo más de detalle.

### **¿Y después de todo, en la práctica qué?**

Como he referido anteriormente, la quiebra de la creencia en un “sentido de la historia”, de su carácter racional y de la unidad del método científico, provocó el abandono de la pretensión de una Historia Total y su sustitución por la

<sup>4</sup> En palabras de Pedro Ruiz Torres (1993), el panorama historiográfico de estos años se caracteriza por la sustitución “del análisis de los procesos ‘objetivos’ estructurales por el mundo de los valores, de los comportamientos y de sus significados, la representación que la gente tiene de sí y de la propia realidad, las mentalidades colectivas, la cultura del pasado, la experiencia vivida [como objeto de investigación]. Los historiadores polemizan con los grandes conceptos –clase social, Estado, mercado– y las amplias periodizaciones utilizadas usualmente en la historiografía y prestan atención a los contextos de pequeñas dimensiones, que permiten considerar el papel activo y consciente de los actores sociales”.

emergencia de un número indefinido de historias sectoriales. Hasta tal punto es esto así que en esta escena de debate y crisis en torno al estatuto epistemológico de la Historia se ha producido una cierta paradoja. De una parte se ha reiterado el discurso de la crisis de la Historia; de otra, ello ha coincidido precisamente con unos momentos en los que las ciencias sociales han recuperado su sensibilidad historicista, toda vez que la crítica de la racionalidad científica, que afectó también a los métodos e interpretaciones que mantenían estas últimas, revalorizó en éstas el recurso a lo histórico como factor significativo para la explicación de la realidad social.

Como es conocido, el referido ataque a las pretensiones científicas de la Historia y su pretensión globalizadora se centró en la Historia Social, sobre la que se orquestó una campaña de acoso y derribo que provocó, en opinión de algunos, la quiebra de muchos de sus axiomas y postulados teórico-metodológicos. La redefinición de la propia ideal de lo social y la denuncia de los excesos deterministas de lo social, también de lo económico, en la investigación histórica de tipo “moderno” llevó a historiadores e historiadoras de lo social como R. Robin, W. H. Sewell, G. Claes, S. G. Jones o J. W. Scott a mostrar una especie de aversión por la misma y a apostar en su lugar por un giro conceptual de carácter “cultural”. La antropología simbólica de Clifford Geertz o la microhistoria italiana se convierten, en opinión de autores como J. W. Scott (1989), en alternativas metodológicas reales a la hora de intentar analizar desde otro prisma las formas históricas que presenta la organización social. El lenguaje, considerado ahora como elemento relevador de la organización de toda existencia pasada y presente, se convierte en el ámbito en el que el sujeto debe ser explorado. El análisis de las formas lingüísticas, en tanto que representaciones de la realidad, permitirá la aprehensión de ésta, entendida no como un sistema de pensamiento coherente, sino como una amalgama de interpretaciones y programas que adquieren su contextualización comprensiva en el campo discursivo (Samuel, 1992).

El declive de los postulados marxistas en el ámbito intelectual de fin de siglo y la influencias de las teorías lingüísticas post-estructurales determinó el abandono de la Historia Social como historia que explicaba los procesos sociales en términos de clase y los comprendía como parte del progreso de la sociedad. La denominada historia postsocial se abría camino en este contexto político y cultural. Para autores como Miguel Ángel Cabrera (2007), “el surgimiento de [ésta] suponía la recusación crítica de buena parte de los supuestos teóricos de la historia social y las explicaciones históricas dimanadas de ellos y la consiguiente formulación de nuevos supuestos y explicaciones”. Entre estos últimos destaca la innovación teórica que suponía “la introducción en el análisis histórico de una nueva variante explicativa, la *mediación lingüística*. Esto es, la tesis de que la manera en que las personas conciben la realidad y, por tanto, reaccionan frente a ella no está casualmente determinada por la realidad mis-

ma, sino que depende de la matriz categorial o imaginario a través del cual esa realidad es percibida”.

Junto, o a la par, de esta apuesta por una historia postsocial que defendía una forma diferente de entender la conducta de los actores históricos y la formulación de sus relaciones e instituciones humanas (Cabrera, 2007), emergerá también con fuerza la reformulación de una nueva historia cultural e intelectual. Si la historia postsocial constituía una reacción a las clásicas formulaciones de la historia social y económica que auspiciaron los padres fundadores de *Annales* y practicaron los defensores de los postulados del marxismo clásico, la nueva historia cultural e intelectual aparecerá también como el resultado de la crítica a la vieja historia de las ideas y las mentalidades (Acosta Ramírez, 2007; Ugarte, 2005). El cuestionamiento de la eficiencia teórica y metodológica de la clásica historia intelectual y el nuevo panorama culturalista que definía el escenario epistemológico de la posmodernidad abría también el campo a una apuesta intelectual que se definía a sí misma como deliberadamente transversal, multipolar e interdisciplinar. François Dosse (2007), al referirse a esta historia intelectual postestructural, lo hacía caracterizándola como “campo de exploración entre la historia de las ciencias, la historia del arte, la historia de la filosofía..., [la nueva historia intelectual] se inscribe en una transversalidad esencial, que explora los intersticios y que se inscribe en el juego dialógico de puntos de enlace que puede asumir entre las disciplinas constituidas, no para someterlas a la sospecha, sino para hacer aflorar aspectos no percibidos, gracias a la desmultiplicación de sus escalas de análisis”.

La denominada Escuela de Cambridge de Quentin Skinner y John Pocock y su enfoque contextualista o la *Begriffsgeschichte* o historia conceptual alemana de Bielefeld, representada en historiadores como R. Koselleck, constituyen dos ejemplos paradigmáticos de esta apuesta intelectual de renovación teórico-metodológica, pivotada en torno al análisis del discurso y los conceptos, que ha irradiado su influencia, con mayor o menos fortuna según los casos, no sólo en el ámbito del estudio de las ideas y la cultura sino también en el de los análisis políticos, tal y como lo evidencia la nueva historia político-conceptual francesa, representada en autores como Pierre Rosanvallon, Jacques Guilhaumou o Lucien Jaume (Acosta Ramírez, 2007, 310-312).

La “vuelta a lo político”, la Nueva Historia Política, constituye otra de las consecuencias visibles de esta reacción epistemológica de la posmodernidad. El retorno de la narrativa (Stone, 1979), el “gusto por el acontecimiento”, el desgaste de grandes teóricas explicativas como el materialismo histórico o el funcionalismo y las demandas en pro de la recuperación del protagonismo del sujeto terminaron por revalorizar el objeto político y, con él, el llamado retorno de una historia política que se autoproclamaba nueva, aun cuando se formulaba en no



pocas ocasiones bajo ropajes decididamente *neohistoricistas*<sup>5</sup>. La recuperación del interés por el género biográfico y las historias de vida, por las memorias y la correspondencia... terminaba construyendo espacios de comunicación entre la historia y la literatura que se acomodaban en muy buena medida a las demandas que en esta dirección reclamaba la crítica posmoderna. En palabras de Antonio Morales Moya (2005, 78), “el historiador, cuando escribe una biografía, no le basta la más rigurosa fidelidad a las fuentes, a los documentos. Se trata de recrear un personaje, de ‘trasmutar conocimientos muertos en un hombre vivo’. Se trata de contar, de pintar las existencias únicas de los hombres, ya sean grandes, medianos o humildes”. La pregunta se hace inevitable: tras esta apuesta por la recuperación del papel de los personajes y de los grandes hombres en la Historia, ¿no se esconde un nuevo esfuerzo, bien es verdad que sofisticado en las formas, de revalorización de la concepción clásica de la historia política? Entiendo que en muchos casos posiblemente la respuesta al interrogante sea sí.

¿Y tras todo esto, qué? Como adelanté más arriba, entiendo que los efectos de todo este debate epistemológico han sido en la práctica limitados<sup>6</sup>; no han respondido a las expectativas creadas, especialmente en lo que concierne a lo defendido en las tesis más radicales del giro lingüístico. Así, por ejemplo, a mi modo de ver, no ha aparecido ninguna obra histórica relevante fundamentada en los principios de la filosofía del lenguaje<sup>7</sup>. A ello unámosle, en otro orden de cosas, que el axioma posmoderno sobre la supuesta incompatibilidad entre “realismo social” y “prácticas discursivas” no ha hecho sino auspiciar esquemas interpretativos claramente reduccionistas que no han ayudado a esclarecer la pregunta central sobre la articulación y funcionamien-

<sup>5</sup> Tal y como afirmará Elena Hernández Sandoica (2005, 8), este retorno a la historia política quizás no es más que la evidencia de “cómo el *neohistoricismo* –algunas de sus formas, sino el total– se abre ahora camino. Hay una politización explícita del discurso sociocientífico, que hunde sus raíces en corrientes de pensamiento y filosofías radicales que se originan en los años 70, ciertamente, si bien otra vertiente –sin gran contradicción– pugna por librarse del fardo de las ciencias sociales, aminorando su carga teórica y entendiendo esta carga como una contradicción negativa e indeseable al verdadero legado historiográfico. Pues a ella atribuyen los efectos nocivos de la expansiva inflación de la disciplina de la historia, incluida su inevitable dispersión.

<sup>6</sup> Una valoración igualmente crítica con estos resultados se puede ver en afirmaciones como las realizadas por el historiador alemán J. Kocka (2002, 84): “de los historiadores de la cotidianeidad cabe esperar poco. Con su inclinación a las menudencias, su desconfianza frente a las estructuras y los procesos, y no pocas veces también frente a la historia y la sociología profesionales, con su mayoritaria predilección por una reproducción de experiencias, simpatizante y conceptualmente pobre, a ser posible a través de recuerdos transmitidos, seguirá descubriendo y alumbrando nichos. Esto es, sin duda, importante, pero con frecuencia también enojoso, improductivo y prolijo. Por ello, es de suponer que abandonen el análisis de la relación entre las experiencias y las estructuras en manos de otros, o que sigan reseñando negativamente esta relación y desfigurando así los nichos, convertidos en refugios de la subjetividad obstinada y de la inadecuación esquiva, tomando distancia frente a los procesos de modernización supuestamente hostiles a la vida (o, tal vez, incluso oponiéndose a ellos)”.

<sup>7</sup> Siguiendo a Gérard Noiriel (1997, 307-308), “las discusiones actuales sobre la ‘crisis’ del saber histórico muestran que siguen siendo los argumentos elaborados a lo largo de este periodo, y difundidos entre los historiadores desde comienzos de los 70, los que alimentan la reflexión [...]. El carácter repetitivo de estas discusiones es, a mi juicio, el síntoma más evidente del callejón sin salida en el que han entrado los historiadores que han creído que los filósofos ‘fundamentalistas’ podían resolver sus problemas. Aceptando situarse en el terreno de la teoría del conocimiento, los historiadores epistemólogos han heredado una disputa sobre las relaciones entre la realidad y su representación que los propios filósofos jamás han logrado resolver”.

to recíproco entre prácticas discursivas y no discursivas<sup>8</sup>. Es más, a mi juicio, el debate en torno al estatuto epistemológico de la Historia lejos de resolver los problemas de la disciplina los ha acentuado en algunos extremos, provocando más confusión y desconcierto. El enfrentamiento mecánico que se ha hecho en este contexto entre historiografía posmoderna y toda la anterior ha constituido un evidente ejercicio de simplificación que ha presentado ambos extremos como unidades ideológica y metodológicamente homogéneas y cerradas en sí mismas. En este marco, las diferencias se han acentuado mientras que los posibles puntos de encuentro, importantes en algunos casos, se minimizan, cuando no se han obviado simplemente.

Y es que la imagen de radical novedad con la que se presentan las apuestas más atrevidas no lo son tanto en el panorama historiográfico occidental del siglo XX. En primer lugar, y como ya refirió Gérard Noiriel (1997), el debate sobre la relación entre la realidad y su representación en modo alguno constituye una novedad propia del ambiente intelectual de finales del siglo XX; en segundo lugar, las relaciones entre lingüística e historia han estado presentes en el debate historiográfico a lo largo y ancho del siglo XX, no sólo en los momentos finales de la centuria. La advertencia sobre el grado de complejidad del conocimiento histórico, sobre la necesidad de considerar los apriorismos ideológicos y los presupuestos y limitaciones que imponía el lenguaje lo encontramos ya en las reflexiones que hacían los padres fundadores de *Annales*<sup>9</sup>. Por su parte, los esfuerzos por recuperar al sujeto y la importancia histórica de sus estrategias y comportamientos en el entorno de valores y creencias que lo definen los hallamos ya en la crítica antiestructuralista de pensadores marxistas como Luckács o Gramsci o en historiadores como E. P. Thompson, inscritos dentro del denominado *marxismo británico*. Desde la denominada tercera generación de *Annales* ya se abrieron caminos que anunciaban en cierto modo la perspectiva culturalista que luego se defenderá en el escenario de la crítica posmoderna. Pero es más, muchas de las denostadas categorías históricas de la modernidad no desaparecerán, pese a todo, de la práctica historiográfica posmoderna: cuestiones como el poder, el conflicto y la desigualdad, la modernización, la industrialización... no han desaparecido de una práctica historiográfica que pretende desvelar las vivencias y

<sup>8</sup> En consonancia con lo apuntado por Francisco Vázquez García (1997, 157-158), "las prácticas discursivas y las no discursivas sólo pueden vislumbrarse en sus contornos porque funcionan conjuntamente, pero esto no implica la diferencia entre ambas, reduciendo toda acción a acción simbólica. Una cosa es que el historiador configure su objeto, necesariamente, a partir de fuentes, es decir, de un material de carácter sígnico –verbal o no– y otra muy distinta es que los acontecimientos se reduzcan a su dimensión semiótica. Un mismo documento puede ser utilizado para analizar la práctica discursiva que desempeña –lectura preformativa– o para investigar acciones no discursivas –lectura constatativa–. Se pueden estudiar los registros parroquiales para estudiar reglas codificadoras y las categorías simbólicas utilizadas por los sacerdotes del Antiguo Régimen para clasificar y catalogar nacimientos, matrimonios, defunciones, etc... Se puede también utilizar seriadamente estos registros para intentar estimar tasas de natalidad o de nupcialidad de esa parroquia. ¿Es la nupcialidad un hecho discursivo, que sólo existe en el lenguaje? Evidentemente no, si hacemos una lectura constatativa del documento".

<sup>9</sup> En 1953 Lucien Febvre había defendido ya la vecindad entre la Historia y la Lingüística, defendiendo la fertilidad científica de la comunicación entre ambas.

los comportamientos individuales apostando por marcos de referencia micro y abandonando las viejas perspectivas macrohistóricas.

Con todo, siendo cierto lo anterior, no lo es menos el hecho de que este escenario de debate epistemológico ha dejado tras de sí también situaciones nuevas y sugerentes. La ya referida decadencia de las viejas interpretaciones teleológicas, deterministas y totalizantes ha alumbrado un espacio para la práctica historiográfica menos dogmático y más libre. La pluralidad de enfoques y perspectivas y la incorporación de nuevas voces y miradas que ha supuesto la descentralización y sectorialización de la disciplina ha permitido el diseño de un escenario de la historia, el de hoy, más ancho y profundo. Posiblemente todo ello ha complicado el panorama, pero entiendo que esto está operando en muchos casos como estímulo y no como freno que justifique actitudes escépticas o nihilistas (Fontana, 2002). Así, la inclusión de la semiología y de algunos de los supuestos de la filosofía lingüística ha permitido renovar sustancialmente el panorama de la misma historia social. Estudios intelectuales como los que realiza Roger Chartier (1995) en torno a los orígenes de la Revolución Francesa o la apuesta del *New Historicism* por una historia social de la literatura caminan en esta línea de renovación teórico-metodológica. En la misma dirección podríamos ubicar el protagonismo que ha adquirido recientemente la denominada *historia de la mujer y el género*, disciplina que, como es conocido, ha propiciado la apertura de nuevas líneas para la investigación y el análisis del pasado y la introducción de nuevas categorías conceptuales en la reflexión historiográfica. No olvidemos, en este sentido, que la generalización de la perspectiva del género, así como la reformulación y contextualización de sus relaciones interactivas con otras experiencias históricas está permitiendo releer con otra mirada planteamientos y visiones tradicionales de la historia social, política y cultural de la sociedad contemporánea (Aguado, 2007).

Por citar un ejemplo más, la propia crítica del paradigma de la modernidad ha propiciado la emergencia de disciplinas históricas como la *historia ecológica o ambiental*, desarrollada al hilo de las manifestaciones inquietantes de lo que hoy llamamos la crisis ecológica, y que no sólo ha introducido conceptos y herramientas nuevas para el análisis histórico sino que también ha auspiciado un fértil campo de encuentro interdisciplinar para las ciencias naturales y las ciencias sociales (Sieferle, 2001). Las llamadas a la historiografía para que se familiarice con las teorías, categorías y métodos que aportan ambas ciencias –naturales y sociales– y las aplique al análisis del pasado han abierto igualmente la puerta de la interpretación histórica a una complejidad teórico-metodológica que está dando unos resultados a todas luces relevantes para una comprensión cualitativamente diferente de nuestro pasado, y también de nuestro presente.

### **La apuesta por el denominado “giro local”: ¿un simple cambio del marco de referencia espacial?**

Las consecuencias de este debate también se han hecho notar en el campo de los marcos de referencia para el análisis histórico. En este sentido, el

abandono de las interpretaciones macrohistóricas y las demandas de recuperación de lo individual han puesto el espacio de lo local en la mesa del debate historiográfico. En efecto, frente a la tradicional hegemonía de lo provincial y/o nacional emerge en la actualidad una corriente que reclama y resalta la importancia de lo local. El cuestionamiento de la vigencia de los fundamentos teórico-prácticos de la categoría “Estado-Nación”, las tensiones que en la actualidad está provocando el proceso de globalización entre lo local y lo global o la importancia creciente que adquieren en la esfera social y política movilizaciones difícilmente identificables con el clásico discurso de la nación y el viejo paradigma de la modernización se convierten en factores que, a mi modo de ver, están auspiciando hoy un movimiento de *recuperación* y, según los casos, de reincorporación del espacio local en la práctica y el discurso historiográfico.

Pese a todo, este fenómeno en absoluto es nuevo, ya que, como nos recuerda Julián Casanova (1999), en el seno de la propia historiografía moderna y racionalista de *Annales* historiadores como E. Labrousse o Michel Perrot reclamaban la reducción del objetivo de análisis y el campo de observación como estrategia adecuada para una compleja y completa comprensión del fenómeno histórico analizado. La inclusión de la historia local en el marco de la historiografía profesional liberaba a aquella de su tradicional adscripción al mundo de los eruditos e historiadores no profesionales, más preocupados de la mera descripción y del detalle que de la interpretación<sup>10</sup>.

La aparición en la década de los años setenta del siglo XX de la microhistoria en el panorama historiográfico italiano consagró esta primacía de lo local. La crítica a la historia serial y cuantitativa y su aversión a las generalizaciones tan propias de las interpretaciones macrohistóricas, coincidirán en el tiempo con la crítica posmoderna a la racionalidad científica de la modernidad. Su alternativa teórico-metodológica, basada en la defensa de la reducción de la escala, el énfasis en lo particular, la atención a la narración, la definición del contexto o el rechazo del relativismo casaba bien con algunas de las líneas argumentales de la posmodernidad (Serna y Pons, 1993).

Con ello, lo local, la historia local, entraba también en la escena del debate epistemológico al que me estoy refiriendo en estas páginas, especialmente en lo que atañe al ámbito de las alternativas. Pedro Carasa (2007, 14) lo dejaba claro de forma meridiana al afirmar que “la incorporación del [giro] local al conjunto de giros propuestos hasta ahora a los historiadores puede servir para superar los límites en el tratamiento del espacio que ha mostrado la historiografía

<sup>10</sup> Julián Casanova (1999, 24-28), al referirse a la evolución que presentan los estudios de historia local en España, destacaba, entre otras cuestiones, el hecho de cómo se ha pasado paulatinamente “de una historiografía local erudita, que transmite los hábitos más vulgares del positivismo y que está inmunizada contra la enfermedad del método y de la teoría [a otra] marcada por la militancia regionalista y nacionalista [y que ha desembocado] en aquella que fecundada por metodologías más desarrolladas o avanzando por caminos propios ha producido algunas de las monografías más rigurosas que puede exhibir la historiografía española sobre la edad contemporánea”.

fía clásica. Creemos, además, que no ha de circunscribirse sólo a la historia de la cultura nacional, sino que puede aplicarse a todo el discurso historiográfico”.

A mi modo de ver, es que esta defensa de la importancia de la dimensión local en el análisis histórico no persigue sólo superar limitaciones estrictamente territoriales sino maneras concretas de concebir el esquema clásico del discurso histórico (Confino, 2006). El viejo esquema descendente de primacías que premiaba lo nacional sobre lo regional, lo provincial y, finalmente, lo local comienza a ser discutido y, en muchas ocasiones, sustituido por otro de carácter menos rígido y teleológico en el que la realidad histórica se entiende como una construcción en signo ascendente, esto es, desde lo local a lo regional, nacional y, en su caso, global. Los aportes en este sentido de la Nueva Historia Cultural y de la referida crítica posmoderna a la epistemología racionalista de la modernidad, concretados en este caso en la recuperación de la centralidad de los sujetos individuales, ha convertido la dimensión local “no sólo [en] una escala de observación, sino [en] una categoría analítica significativa, más antropológica que geográfica, mas cultural que espacial, con capacidad explicativa propia” (Carasa, 2007, 16). Lo local, entendido como marco “originario de toda experiencia histórica del sujeto”, se convierte así en sustrato sobre el que se edifican. Pero no sólo implica un cambio de mirada en el espacio. Con él también se introducen nuevas herramientas teórico-metodológicas que entiendo van a permitir, y de hecho están permitiendo ya en ciertos casos, releer cuestiones que a mi modo de ver son importantes en el estudio de la inserción de lo rural en la política, tales como el conocimiento de las dinámicas concretas que explican la participación político-electoral; de la dimensión de educación política que ofrecen las prácticas asociativas y de las movilizaciones que promueven; de la traducción política de actos de protesta social y conflictos de naturaleza laboral; de la generación de identidades concretas y su plasmación política, etc.<sup>11</sup>.

Como se puede suponer con facilidad, esta apuesta por el denominado “giro local” está provocando entre quienes la defiende y practican cambios llamativos de carácter metodológico y de perspectiva en la interpretación de la realidad histórica. Lejos quedará ya aquella identificación de la historia local con

<sup>11</sup> Pedro Carasa Soto (2007, 27), al referirse a los efectos que se derivan de la apuesta por el denominado “giro local”, hace afirmaciones como la siguiente: “lo que tantas veces hemos minusvalorado como un grave defecto desmovilizador, el clientelismo estrechamente vinculado al localismo, se percibe desde hace ya varios años como un mecanismo movilizador que no fue ajeno al incremento de la participación política. Dándole un giro local al caciquismo, produciríamos un nuevo análisis cultural y descubriríamos una rica cultura política vinculada a lo local. Las más importantes representaciones de la autoridad, de la participación, del Estado, del parlamento, etc. sólo son comprensibles históricamente situadas en su entorno local, en conexión con la experiencia individual y local de los sujetos políticos. Este lenguaje local, esta ubicación en un conjunto de valores, memorias, intereses y tópicos de cada localidad, está presente no sólo en las actuaciones de los representados, sino también en las actitudes, discursos, lenguajes y gestos de los representantes. Éstos no pueden ser sólo entendidos desde arriba y desde la cultura nacional, porque tienen que adaptarse a la cultura local como único medio de captar lealtades, se identifican mejor desde abajo, porque se ven obligados a reforzar los signos de identidad local e incluso apropiárselos como medio de captar voluntades”.

la obsesión positivista de atesorar fuentes y de narrar lo desconocido. Frente a ella se impondrá ahora una perspectiva que entiende lo local como una categoría analítica dotada de capacidad explicativa propia.

## **Bibliografía**

- ACOSTA RAMÍREZ, Francisco (2007): "La nueva historia intelectual en el escenario posmoderno: principales formas y presupuestos heurísticos", Teresa Ortega López (ed), *Por una Historia Global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, Universidad de Granada, pp. 291-318.
- AGUADO, Ana (2007): "La historia de las mujeres y del género", Teresa Ortega López (ed), *Por una Historia Global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, Universidad de Granada, pp. 111-134.
- ANDERSON, Perry (1982): "Modernidad y revolución", *Debats*, nº 9.
- BARTHES, Robert (1970): "Le discours de l'histoire", M. LAINE: *Introduction to Structuralism*. New York.
- CABRERA, Miguel Ángel (2007): "La historia postsocial: más allá del imaginario moderno", Teresa Ortega López (ed), *Por una Historia Global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, Universidad de Granada, pp. 41-72.
- CARASA SOTO, Pedro (2007): "El giro local", *Alcores*, nº 3, pp. 13-35.
- CARRERAS ARES, Juan José (2000): *Razón de Historia. Estudios de Historiografía*. Madrid, Marcial Pons.
- CASANOVA, Julián (1999): "Historia local, historia social y microhistoria". Pedro Rújula e Ignacio Peiró (eds.), *La Historia Local en la España Contemporánea*. Barcelona, L'Avenç, pp. 17-28.
- CONFINO, Alon (2006): "Lo local, una esencia de toda nación", *Ayer*, nº 64, pp. 19-31.
- CHARTIER, Roger (1995): *Espacio público. Crítica y desacralización en el siglo XVIII*. Barcelona, Gedisa.
- DOSSE, François (1988): *La historia en migajas. De Annales a la nueva historia*. Valencia, Edicions Alfons El Magnànim.
- (2007): *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia, Universidad de Valencia.
- FONTANA, Josep (1992): *La historia después del fin de la historia*. Barcelona, Crítica.
- (2002): *La Historia de los Hombres. El siglo XX*. Barcelona, Crítica.

- FOUCAULT, Michel (1969/1968): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid, Siglo XXI.
- GLOVER, J. (2001): *Humanidad e inhumanidad: una historia moral del siglo XX*. Madrid, Cátedra.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, Alicia (eds.). (2005): *Sobre la Historia Actual. Entre política y cultura*. Madrid, Abada Editores.
- IGGERS, G. (1998): *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Barcelona, Idea Books.
- KOCKA, J. (2002): *Historia social y conciencia histórica*. Madrid, Marcial Pons.
- MILLÁN, Jesús (2002): "Los sujetos históricos: modelos, tipos ideales y estrategias de investigación", M. Cruz Romeo e I. S. (eds.), *El Siglo XX. Historiografía e Historia*. Valencia, Universidad de Valencia, pp. 101-115.
- MORALES MOYA, Antonio (1992): "Historia y posmodernidad", *Ayer*, nº 6, pp. 15-38.
- NISBET, Robert (1980): *Historia de la idea de progreso*. Barcelona, Gedisa.
- NOIRIEL, Gérard (1997): *Sobre la crisis de la Historia*. Valencia, Cátedra.
- LA CAPRA, D. (1985): *History and Criticism*. Londres.
- ORTEGA LÓPEZ, Teresa (ed.). (2007): *Por una Historia Global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, Universidad de Granada.
- POPPER, Karl (1973): *Miseria del historicismo*. Madrid, Alianza Editorial.
- POSTER, M. (1987): *Foucault, el marxismo y la historia*. Barcelona, Paidós.
- RICOEUR, Paul (1987): *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Madrid.
- RUIZ TORRES, Pedro (1993): "Los discursos del método histórico", *Ayer*, nº 12, pp. 47-77.
- RÚJULA, Pedro y PEIRÓ, Ignacio (1999): *La Historia Local en la España Contemporánea*. Barcelona, L'Avenç.
- (2007): *La Historia en el presente*. Teruel, Instituto de Estudios Turolenses.
- SAMUEL, R. (1992): "La lectura de los signos", *Historia Contemporánea*, nº 7, pp. 52-74.
- SCOTT, J. W. (1989): "Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera", *Historia Social*, nº 4.
- SERNA, J. y PONS, A. (1993): "El ojo de la aguja ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?", *Ayer*, nº 12, pp. 93-133.
- SIEFERLE, R. P. (2001): "¿Qué es la historia ambiental?", M. González de Molina y J. Martínez Alier (eds.), *Naturaleza Transformada*. Madrid, Icaria, pp. 31-55.
- STONE, Lawrence (1979): "The Revival of Narrative: Reflexions on a New Old History", *Past and Present*, nº 85, pp. 3-24 (traducido al castellano en *Debats*, nº 4, 1982, pp. 92-105).
- UGARTE, Javier (2005): "Sobre la nueva historia cultural: entre el 'giro cultural' y la ampliación del conocimiento histórico", Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa (eds.), *Sobre la Historia Actual. Entre política y cultura*. Madrid, Abada Editores, pp. 229-283.
- VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco (1997): "Foucault y la historia social", *Historia Social*, nº 29, pp. 145-159.
- VEYNE, Paul (1971): *Cómo se escribe la Historia. Un ensayo de historiografía*.
- WHITE, Hayden (1973): *Metahistory: the Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore, John Hopkins University Press.